

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente
Área de Desarrollo Profesional Docente

Cine y Formación Docente 2005

Viernes 4 de noviembre en la ciudad de Neuquén.

Educación y trabajo

Por Adriana Gullco

Acerca del "mundo del trabajo"

Como mujer que ha nacido al promediar el siglo XX, he vivido mi formación y desarrollo laboral más temprano durante su transcurso y me ha tocado asistir a cambios profundos. Por lo tanto, me interesa comprender algunos de los cambios que en el área del trabajo humano el mundo protagonizó en los últimos tiempos. Y si es posible, mirar el mundo del trabajo desde la óptica de su influencia en la subjetividad, dado que colaboro con las personas en el difícil proceso de elegir opciones, dentro de las estrechas márgenes en que una elección es posible para la mayoría de los individuos del mundo.

Una de los conceptos que más me ha asombrado al leer a Eric Hobsbawm es el descubrimiento de que tomando la "onda larga de la historia" es posible afirmar que el tercer cuarto del siglo que terminó, señaló la finalización de un ciclo de siete u ocho milenios de historia humana que habían comenzado en el Neolítico con la aparición de la agricultura, en el cual la inmensa mayoría de la humanidad se sustentaba practicando la agricultura y la ganadería. Es decir que necesariamente el horizonte del "Trabajo", entendido como actividad orientada hacia una utilidad social, ha cambiado drásticamente para la mayoría de los pobladores de este mundo en las últimas décadas, como nunca antes en la historia.

Pensarlo de esta manera, hace visualizar con toda claridad la existencia de ondas largas y cortas para leer la historia.

Hobsbawm se refiere a un siglo XX corto, tomando esta noción de "onda histórica corta" desde 1914, inicio de la Primera Guerra Mundial, hasta 1991 con la caída del muro de Berlín "El mundo que se desintegró a finales de los años ochenta era aquel que había cobrado forma bajo el impacto de la revolución rusa de 1917."¹ Señala también que es posible estructurar las dimensiones del siglo como un tríptico. Una primera época de catástrofes que se extiende hasta el fin de la segunda guerra

mundial, a la que sigue un período de 25 ó 30 años de extraordinario crecimiento y transformación social, a la que llama *edad de oro* y que probablemente transformó la sociedad humana más profundamente que cualquier otro período de duración similar. A partir de los años setenta se inicia una nueva etapa, pero esta vez de descomposición, incertidumbre y crisis para vastas zonas del mundo.

¿Por qué el capitalismo empieza una *edad de oro*, sin precedentes, desde 1947 hasta 1970? Hobsbawm afirma que aún hace falta distancia histórica para hallar la respuesta pero que indudablemente nos encontramos con el impacto extraordinario de la transformación económica, social y cultural que se produjo en esos años: la escala fue la mayor, la más rápida y la más decisiva desde que existe registro histórico. En este marco el enfrentamiento "capitalismo- socialismo" tiene un interés histórico más limitado, aunque hubo quien frente al hundimiento de la Unión Soviética previó el Fin de la Historia, como si la historia fuera sólo la historia de esa división binaria del mundo. Nuestro autor señala aquí que la repercusión más importante y duradera de los regímenes socialistas fue la de haber acelerado poderosamente la modernización de los países agrarios atrasados, y que esto coincide con *la edad de oro* del capitalismo. Señala lo importante que fue la revolución tecnológica como motor de la expansión económica. Marca tres elementos sorprendentes. Uno, es la transformación completa de la vida cotidiana en los países ricos y, en menor medida en los países pobres, hecho que genera de manera definitiva una conciencia de consumo ligada a la "novedad", donde lo novedoso se convirtió en el principal atractivo a la hora de venderlo todo, desde detergentes hasta computadoras portátiles (Es interesante el proceso por el cual las novedades se vuelven cada vez más portables, con el complicado proceso de miniaturización que conllevan, y cada vez más "individuales" como en el caso del walkman y el discman). El segundo elemento es que a mayor complejidad de la tecnología se complejizaba también el proceso de producción, por lo cual la "Investigación y desarrollo" se hizo crucial en el

¹ Hobsbawm, Eric. *Historia del Siglo XX*. Crítica Grijalbo Buenos Aires, 1998.

crecimiento económico y pasó a ocupar una proporción mayor en los costos. El tercer elemento es que las nuevas tecnologías empleaban en forma intensiva el capital y eliminaban mano de obra, la gente era necesaria pero sobre todo como consumidores. En su inicio la lógica del capitalismo industrial tiende a reducir el tiempo de trabajo para producir algo. A principios de siglo Taylor aparece como el teórico y el que introduce en la práctica el control del tiempo en la fábrica. "El cronómetro ha entrado en el taller" dice Benjamín Coriat. El cronómetro es ante todo un instrumento político de dominación sobre el trabajo, que lo transforma en un conjunto de gestos de producción, cristalizado en un código del ejercicio del quehacer industrial con la aparición de la llamada Organización Científica del Trabajo.

Es muy interesante visualizar aquí el papel que ha jugado el salario. Pero Ford no solo controlaba a través del salario como dinero recibido, sino que aparece el amplio paraguas de los beneficios sociales generando una mezcla de "paternalismo y vigilancia de tipo policial" como dice Benjamín Coriat. Las propuestas de Taylor, Ford y su ejército de cronoanalizadores logran realmente que una nueva economía regule los aparatos de producción. Sin embargo, frente a la crisis de finales de la década del 20 es J. Keynes quien, según Coriat, viene a completar el edificio que resguarda la operatividad capitalista. La crisis da origen al Estado moderno, regulador en busca del "equilibrio" que muestra la necesidad política de una nueva gestión de la fuerza de trabajo: por ejemplo, la fijación de un marco jurídico-legal que regule la duración del trabajo, las horas extraordinarias, el trabajo de los niños, las formas de negociación de los salarios; así como la creación del salario indirecto (asignaciones familiares, licencia por enfermedad, jubilación). La relación salarial predomina desde entonces hasta la posguerra, en un estado de pleno empleo y con avances en la sindicalización.

A partir de este momento la economía mundial crece a un ritmo explosivo, aunque la riqueza permaneciera, como ahora, distribuida en forma despareja. Es necesario aclarar que una de las razones por las cuales la *edad de oro* fue de oro, tuvo que ver con que el precio medio del barril de crudo saudí era inferior a los 2 u\$s a lo largo de todo el período que va de 1950 a 1973, haciendo que la energía fuera enormemente barata.

Bienes y servicios hasta entonces restringidos a minorías se pensaban ahora para un mercado de masas. Lo que en otro tiempo había sido un lujo se convirtió en un indicador de bienestar habitual en los países ricos, con lo cual un ciudadano medio en esos países podía vivir como únicamente podían hacerlo los muy ricos

en tiempos de sus padres, sólo que con aparatos de confort mecanizados en vez de sirvientes.

En el nuevo orden económico liberal planetario era necesario un nuevo orden político internacional y fue al comienzo de la guerra fría cuando las dos instituciones internacionales dedicadas a la financiación internacional que estaban realmente en funcionamiento quedaron subordinadas de hecho a la política de los Estados Unidos. Me refiero al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional, que tanto inciden hoy en las realidades locales de nuestro continente.

El final de la edad de oro parecía favorable a la izquierda moderada en los países centrales, pero esto estaba ligado a la aparición de los Estados de bienestar (subsidios, cuidados sanitarios, educación, etc.). En ese sentido el estallido estudiantil de 1968 fue un signo del malestar acumulado, pero fue el estallido salarial el que poco después propició el hundimiento del sistema financiero. El cambio de actitud de los trabajadores en demanda de salarios más altos y mejores condiciones laborales fue definitorio en los sucesos de las últimas décadas del siglo.

Si bien la caída de la URSS fue el acontecimiento más destacado en los años de crisis que siguieron a la edad de oro, se trataba de una crisis a nivel mundial. Inicialmente se pensó en una crisis coyuntural, pero luego se visualizó un período de dificultades duraderas. A partir de 1980, el mundo capitalista comenzó a tambalearse abrumado por los mismos problemas de entreguerras que la edad de oro parecía haber superado: desempleo masivo, graves depresiones cíclicas y el enfrentamiento cada vez más encarnizado entre las personas desprovistas de todo y las clases acomodadas, entre los ingresos limitados del Estado y un gasto público sin límite.

Es así que en las últimas décadas del siglo pasado se inicia una etapa de descomposición, incertidumbre y crisis para vastas zonas del mundo.

Las grandes corporaciones, como agentes de la economía mundial, producen campos de fuerzas en tensión con los estados nacionales. En ellos el esquema global competitivo genera como lógica predominante la de la supervivencia, y tanto la seguridad individual como colectiva aparecen amenazadas.

Estas nuevas configuraciones hacen que se empiece a reducir el empleo en proporciones espectaculares, incluso en las industrias en proceso de expansión. El número de trabajadores disminuyó en términos relativos y absolutos. Esta vez no se trataba de un desempleo cíclico

sino estructural. Los puestos de trabajo perdido ya no volverían a ocuparse. Empieza a hablarse de organizaciones ágiles que permitan flexibilidad y adaptabilidad para generar una "producción de flujo continuo", dando lugar a una nueva economía del tiempo y del control.

El mundo del trabajo va cambiando sustancialmente, fundamentalmente porque han cambiado sus reglas de juego y porque la flexibilización laboral ha contribuido activamente a la precarización del empleo.

Fueron socavados los sistemas políticos de la democracia liberal que tan bien habían funcionado en los países capitalistas desarrollados. Los estados-nación territoriales, soberanos e independientes resultaron desgarrados por las fuerzas del mercado. A nivel mundial se visualizaba la crisis social y moral, el "individuo" de la modernidad estaba dejando paso a otro, fragmentado, con muchas menos convicciones y más incertidumbres. Es decir, los cambios del siglo XX corto han creado un mundo cualitativamente distinto en por lo menos tres aspectos. En primer lugar el cambio del eje: ya no es eurocéntrico. Una segunda transformación es que el mundo ha avanzado en el camino de convertirse en una única unidad operativa y las antiguas unidades, como las economías nacionales, han sido reducidas frente al avance de las actividades transnacionales. La característica del período de final de siglo fue la incapacidad de las instituciones públicas y del comportamiento colectivo para estar a la altura de este proceso de mundialización acelerado, aunque los comportamientos individuales de los seres humanos se adaptan mejor a los beneficios de la tecnología y de la comunicación. Y la tercera, según indica Hobsbawm, es la desintegración de las antiguas pautas por las que se regían las relaciones entre los seres humanos, que conlleva a la ruptura de los vínculos generacionales.

Parece que una sociedad constituida por un conjunto de individuos egocéntricos totalmente desconectados entre sí estuvo siempre implícita en la teoría de la economía capitalista, pero esta se enfrenta a la paradoja de que la forma más eficaz de construir una economía industrial basada en la empresa privada tenía que utilizar conceptos que nada tenían que ver con la lógica del libre mercado, por ejemplo: la renuncia a la gratificación inmediata, la ética del esfuerzo, las obligaciones con la familia y la confianza en ella,. Es decir estas categorías nada tenían que ver con la rebelión del individuo, sino con su disciplinamiento.

La nueva división internacional del trabajo transfirió industrias de las antiguas regiones o países a los nuevos, generando "cinturones de herrumbre" en paisajes urbanos de los que se

borraron de un plumazo las industrias. Además, los flujos económicos atravesaban las fronteras estatales y las industrias migraban de los países con salarios elevados a países con salarios bajos, es decir, de los países ricos a la periferia. Pero incluso en los países preindustriales gobernaba la lógica de la mecanización: un trabajador por más barato que resultase iba a ser más caro que una máquina capaz de hacer su trabajo. El rendimiento y la productividad de la maquinaria podían ser constantes y aumentados por el progreso tecnológico, y por tanto podían reducir su costo de una manera espectacular. Pero el costo del trabajo humano nunca puede ser inferior al de mantenerlo vivo, en el nivel mínimo aceptado por la cultura en que se desenvuelve. "La tragedia histórica de las décadas de crisis consistió en que la producción prescindía de los seres humanos a una velocidad superior a aquella en que la economía de mercado creaba nuevos puestos de trabajo para ellos"² Es decir, la economía mundial estaba en expansión, pero el mecanismo automático mediante el cual esta expansión generaba empleo para los hombres y mujeres que accedían al mercado de trabajo sin una formación especializada se estaba desintegrando. No obstante en los países ricos los "parados" tenían su sistema de bienestar en que apoyarse. En el tercer mundo, en cambio, se amplía el ejército de hombres, mujeres y niños que viven, nadie sabe cómo, gracias a una combinación de trabajos ocasionales, servicios, compra, venta, hurto, formando una amplia y oscura economía "informal" que termina necesariamente en la exclusión social. La sociedad postindustrial, neoliberal, de capitalismo a ultranza no sólo empezó a dejar "fuera" del sistema a un importante sector de la población, sino que ha generado la certeza de que de esto es así porque no podría ser de otra manera. Es así justamente como operan las ideologías en el engarce con la subjetividad que producen.

Algunos autores, como Robert Castel, definen que lo que se ha producido es una metamorfosis en la "sociedad salarial". Aunque no se trate del fin del trabajo como señala Jeremy Rifkin, lo que sí sucede es que las transformaciones del empleo conllevan un profundo cambio en la relación salarial: el desempleo y la precarización determinan que se fragilicen los compromisos sociales que por otra parte daban estabilidad identitaria a los individuos. La caída de los ideales del progreso social inicia un proceso de descolectivización y en nombre de la autonomía y la responsabilidad los individuos quedan librados a sí mismos. "El Estado comenzó su retirada de la escena social, aunque sin desaparecer totalmente, y fue dejando solos, y enfrentados directamente entre sí, a los empresarios y asalariados en una situación desequilibrada."

Según Castel se trata de un fenómeno de desafiliación en tanto las personas han sido desligadas, pero se mantienen bajo la dependencia del centro. Podríamos decir que integrados, vulnerables y desafiados pertenecen a un mismo conjunto de problemas, que denomina *nueva cuestión social*. Es en el inicio de los años de crisis del 70 (el comienzo del derrumbe para Hobsbawm) cuando se inicia una transformación que terminará en una verdadera conmoción en el mundo el empleo, no sólo por la desocupación, sino por la precarización que nutre la vulnerabilidad social.

Las condiciones que intervienen:

- el fenómeno de la desocupación,
- la amenaza de pérdida de trabajo para quienes lo tienen,
- la precarización de las condiciones de dicho trabajo,

conducen a una verdadera "desafiliación social", debido a la ruptura de la trama social por la retirada de los códigos, valores e ideales que por generaciones reglaron los intercambios sociales.

Esta realidad se articula en el despliegue de la subjetividad proponiendo un individualismo sin matices ni fronteras que trata de lograr una visualización unívoca del mundo (no puede ser de otra manera). Al mismo tiempo desarrolla al máximo la división binaria de las categorías "ganadores" y "perdedores" en referencia a la inclusión en el mundo del trabajo y al reconocimiento social. Esta situación genera una invitación a la inercia, coagulando la dimensión de cambio, tanto porque se piensa que esa empresa es imposible para el propio sujeto, como porque se plantea constantemente la amenaza de pérdida de los lugares alcanzados. El desarrollo de estas perspectivas traen como consecuencia la cancelación de la dimensión de futuro y el deterioro de la noción de proyecto. Muchas veces, de acuerdo a los países de procedencia, la "salida al exterior" aparece como horizonte mítico, que implica sobre todo el abandono de las búsquedas desde una mirada del colectivo de esa comunidad; esto independientemente de cuál pueda ser la suerte del inmigrante en su nuevo lugar de residencia.

Tal vez sea paradigmático observar en este planteo cómo entre los "ganadores y los "perdedores" en la inserción laboral, el perdedor padece el estigma, al sentirse culpable por la pérdida de su trabajo; es en esa situación cuando se le inflige una

nueva lesión justamente a quien el funcionamiento económico del sistema ya despojó de posibilidades laborales. Con ello suma al padecimiento por la angustia de supervivencia, la condena moral de ser un perdedor (representación devaluada de la propia imagen). Se deriva hacia las víctimas la responsabilidad de su propia marginación y desamparo y el sujeto lo asume en una suerte de "privatización" del problema. La desocupación opera también como chantaje social para los que sí tienen trabajo y aceptan peores condiciones de contratación.

Pero para los que sí tienen trabajo, el trabajo en relación de dependencia ha dejado de ser uno de los ejes fundamentales sobre los cuales se había estructurado la vida de las personas, a través de sus grupos primarios. Las organizaciones laborales y empresas cuentan con una estructuración en diferentes áreas muy especializadas que requieren poco personal, con muchos servicios tercerizados, que se contratan fuera de la organización reduciendo los costos fijos empresariales. Por consiguiente aparecen nuevas formas laborales que van reemplazando al empleo fijo.

Es probable que se vayan modificando aún más las formas de contratación por la flexibilización laboral. Los jóvenes que accedan tendrán que potenciar sus capacidades para especializarse en diferentes áreas, mejorando su experiencia. Sólo de este modo podrían acceder a los cada vez más escasos empleos, u ofrecer diversos servicios de tercerización o asesoramiento. Zygmunt Bauman habla del derrumbe del proyecto de la "ingeniería social". Antes de que Francois Lyotard pudiera anunciar la caída de los grandes meta relatos, el derrumbe de los grandes modelos que postulaban un "orden social" prediseñado y cuidadosa y ampliamente administrado" había comenzado a producirse con celeridad.

Por estos días el arte de administrar consiste en dejar librado a su propio equilibrio aquello que antes era objeto de administración. La dominación ha sabido encontrar estrategias más suaves, menos coercitivas que el antiguo modelo de vigilancia ubicua, meticulosa regulación minuto a minuto de espíritu taylorista y densas reglas de sanción. Al parecer, el capítulo de la historia marcado por el orden disciplinario encarnado en la figura del panóptico está a punto de cerrarse. El camino de las fábricas fordistas y las barracas para alojar conscriptos masivamente reclutados, las estructuras de tipo panóptico, torpes,

inmanejables y costosas, están siendo desmanteladas.

En realidad, toda una manera de concebir el mundo está siendo desmantelada. Varios autores hablan de la fluidez, como característica de este período de la modernidad líquida. Ignacio Lewkowicz (2002) define que toda institución se sostiene en una serie de supuestos. "La infancia y la juventud como institución –no los chicos, sino la infancia como institución–, como representación, como saber, como suposición, como teoría, son producto de dos instituciones modernas y estatales destinadas a producir ciudadanos en tanto que sujetos de la conciencia: la escuela y la familia". La escuela y la familia instituyen la figura del infante: un futuro ciudadano inocente y frágil, que aún no es sujeto de la conciencia y que tiene que ser tutelado pues ahí, en el origen, está contenido el desarrollo posterior. Pero la transformación contemporánea convierte a ese hombre del mañana en un consumidor del hoy –o un expulsado del consumo de hoy–. La destitución de las instituciones que producían infancia implica a su vez una habilitación del presente para los niños. Estos son puro presente para el mercado: son puro presente de consumo o puro presente de exclusión, pero no son proyecto de ciudadanos. La dimensión de futuro es inconcebible para los mercados actuales. El futuro era el objeto tutelado por el Estado, pero para el mercado neoliberal es una abstracción. En el mercado neoliberal no hay ninguna institución que genere futuro; el futuro se produce sólo si hay alguna operación que abra una perspectiva del después.

Para pensar el cambio de lógica, puede resultar útil simplificar la cuestión en los siguientes términos: *del Estado al mercado*. Pero aún sigue siendo complicado el asunto. Más simple –y más dramático– es plantear que la lógica de Estado, la lógica de las instituciones, es la lógica de lo sólido. A un líquido "le falta consistencia".

"El Estado produce realidad al modo de instituciones: una institución, otra institución, otra institución, son lugares dentro de un territorio. Hace unos años empezó a hablarse de flujos de capitales, flujos de imágenes, flujos informáticos. Bajo dos figuras exquisitas, la inundación y la sequía, la era neoliberal es la era de la fluidez. El paradigma de "lo que es" es lo que fluye y no lo que se consolida. La subjetividad estatal supone que la vida social está asentada sobre la solidez del territorio. El mercado produce realidad de otro modo: la subjetividad neoliberal no se asienta sobre lo sólido del territorio, sino sobre la fluidez de los capitales.

Por eso, en un medio fluido cualquier conexión tiene que ser muy cuidada, ya que no se sostiene en instituciones sino en operaciones,

no tiene garantías; más bien exige un trabajo permanente de cuidado de los vínculos."³

Zygmunt Bauman (2002) afirma que en el mundo de la empresa actual se ha transferido poder a los empleados, "el dudoso poder" que les confiere hacerse importantes y valiosos para la compañía que los contrata. Para hablar en términos de costo beneficio (lo económicamente sensato), no hay forma de control más eficiente que el halo de inseguridad que flota sobre las cabezas de los controlados en relación con la fragilidad de su vínculo con el empleo.

Las relaciones de poder "nuevas y mejoradas" siguen el patrón del mercado de los bienes de consumo que pone la seducción y el atractivo en el lugar que antes ocupaba la regulación normativa, y que sustituye el dictado de órdenes por las relaciones públicas, y la vigilancia y el patrullaje por la creación de necesidades. Un ejemplo en Silicon Valley: "la clave para obtener una ventaja competitiva no es reaccionar al caos, sino más bien producir caos.....creemos que este nivel de cambio, caótico y veloz, se mantendrá así por siempre, y que incluso seguirá acelerándose".

Nigel Thrift (Citado en Bauman, op. cit Pág. 55). Para dar cuenta de lo esencial de sus propias acciones los empresarios emplean metáforas como bailar o surfear, que hablan de la cultura de redes, de equipos y coaliciones. Prefieren hablar de influencias antes que de control. Persiguen formas de organización más maleables, en tanto se las pueda ensamblar, desmantelar y rearmar en plazos mínimos o aun sobre la marcha. Esta especie de ensamblaje fluido y endémicamente inestable es el que mejor se ajusta a la visión de mundo como algo múltiple, complejo y veloz.

Algunos autores proponen que el "saber hacer" está siendo gradual pero inevitablemente desplazado por el "saber ser", saber cómo moverse en el mundo; es decir, estar bien conectado. Podría decirse que "saber ser" comporta la capacidad de construir un red de comunicaciones en expansión y colocarse en su centro, o mejor aún, en un punto de cruce e interfaz entre una multitud de redes. Vivir en una red, moverse a través de ella, cambiarse de una red a otra y de vuelta a la primera con sencillez y velocidad crecientes: enfatizar la polivalencia y la flexibilidad del empleo, la capacidad para aprender y adaptarse a nuevas funciones más que a la posesión de ciertas capacidades y calificaciones adquiridas.

² Lewkowicz, Ignacio "Sobre la destitución de la infancia". Conferencia en el Hospital Posadas, 18 de septiembre de 2002, luego incluida en "Pedagogía del aburrido", Editorial Piados.4

Teniendo en cuenta estas posturas es que nos preguntamos para qué y cómo tenemos que preparar a los jóvenes.

Sergio Rascovan (2005), citando a Julio Neffa, distingue entre actividad, trabajo y empleo. El concepto de actividad es muy amplio, abarca el dinamismo de la vida humana. Su ejecución requiere el despliegue de diferentes áreas de comportamiento con predominio de algunas sobre otras y de diversos ámbitos: deportivo, cultural, político, doméstico, asociativo. La actividad es algo que tiene sentido para la persona que la realiza. La significación de la actividad tiene aspectos socioculturales y también subjetivos, cuya meta es satisfacer una necesidad material o inmaterial.

El trabajo podría definirse como una actividad coordinada, orientada hacia una finalidad específica que es la producción de bienes y servicios que tengan una utilidad social. Para realizarlo se requiere la movilización de todo el ser humano, es decir, de la fuerza física y/o de las capacidades psíquicas (afectivas, relacionales, cognitivas) y la puesta en práctica de las calificaciones, competencias profesionales y experiencia de los trabajadores. El trabajo es multidimensional y se manifiesta en diversas esferas. La diferencia es que expresa un saber hacer acumulado de la habilidad personal, del aprendizaje realizado en el marco colectivo de trabajo, que pone de manifiesto la autonomía, la responsabilidad, la creatividad, las capacidades de adaptación. Cada vez más el trabajo es una actividad esencialmente social, en la que intervienen los valores culturales, la ética y las creencias que lo hacen posible. El trabajo es sin duda un mediador entre lo singular y lo colectivo, entre la esfera pública y la privada, entre el sujeto y la cultura, entre el sujeto y la naturaleza. Trabajo no es sinónimo de empleo, se puede trabajar y no tener un empleo: madre de familia, trabajo voluntario, militancia social y política. El empleo es una relación que vincula el trabajo de una persona con una organización dentro de un marco institucional y jurídico que está definido independientemente de aquella, y que se constituyó antes de su ingreso en la empresa. La relación laboral es una relación salarial que se instituye a través del contrato de trabajo normatizado.

El lugar de la educación, el papel de los orientadores

Es importante resaltar cómo la educación y la capacitación para moverse en contextos de incertidumbre toman un papel clave, desde la perspectiva de acciones que permitan operar sobre esta realidad en el desarrollo de las comunidades y de las personas.

Los sujetos se desarrollan en un medio con el que están en permanente intercambio de materia, de energía, de información.

Podemos afirmar que el ser humano es capaz de objetivar, es decir, de acordar, de convenir con otros, de producir un imaginario común, de construir su realidad. Ana María Fernández cita un dicho africano: "Para educar un niño hace falta una tribu" y resalta la importancia de la comunidad en la producción de los sujetos que la componen a partir no solo del mecanismo de transmisión de los valores, sino de la evolución de los lazos sociales.

Los modos de subjetivación propios de la Modernidad han dado paso a nuevas prácticas en donde los valores que pierden sustancia —la caída del deber, la crisis en los contratos familiares-conyugales entre otras cosas— estarían dando cuenta de una mutación de significaciones imaginarias sociales fundantes de una época.

La transformación de la mirada supone pasar del mundo de las "certezas" modernistas a la aceptación de la incertidumbre, del destino fijado a la responsabilidad de la elección. Tal vez uno de los ejes en el proceso de elegir es que esa responsabilidad no sea solitaria, sino compartida con otros actores sociales. Esto deja al descubierto limitaciones y posibilidades, elimina garantías tranquilizadoras y nos abre al vértigo, desde donde es posible adentrarse en lo creativo.

En este sentido es claro que cada medio requerirá diferentes respuestas culturales frente al tema de las elecciones e impondrá sus pautas. La educación normativiza nuestras percepciones y organiza nuevas construcciones respecto a lo que es significativo y elegible como estudio u ocupación. Lo contextual se engarza con las determinaciones de orden subjetivo.

Frente a la necesidad de hacer una elección vocacional, los jóvenes que terminan la escuela media atraviesan una crisis que implica una ruptura. Se rompe con una forma establecida de relación con las instituciones educativas, con los grupos de pares y con las familias. Se rompe también con un estilo de vida, y no aparece muy claro cuál es el que continúa. La escuela debe proveer los medios para que el joven pueda manejarse en ese contexto de incertidumbre. Parece más racional que predecir las necesidades de empleo, concentrar los esfuerzos del sistema educativo en producir egresados capaces de auto prepararse para resolver en el futuro problemas que hoy no existen.

El *qué hacer* a nivel de trabajo y estudio está atravesado por la incertidumbre, y requiere del "agenciamiento" de un propio itinerario vital, protagónico.

El lugar de seguridad que las carreras y profesiones proveían no se corresponde con el período del desarrollo económico y tecnológico actual. En este momento el capital no se genera necesariamente a través del trabajo y hay que

repensar dinámicamente los nuevos requerimientos para trazar planes laborales y educativos.

Pero es responsabilidad de los orientadores colaborar activamente en la conformación de campos de elecciones posibles no sólo para aquellos que tienen la posibilidad de elegir entre carreras u opciones de capacitación y trabajo, sino también para los que tienen condiciones menos favorables y cuentan con menor capital social. Tomamos este concepto como "el agregado de los recursos reales o potenciales que se vinculan con la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuo" (Bourdieu, 1980). Tomemos en cuenta que la adquisición de capital social es de apropiación individual y requiere de la inversión deliberada de recursos tanto económicos como culturales. Es decir, debemos planear deliberadamente cómo incidir en el futuro de los jóvenes excluidos.

Por esto pensamos que es preciso abordar la crisis vocacional ocupacional con criterio preventivo.

Hablamos de prevención suponiendo que se previene un daño que se puede anticipar que va a ocurrir. Para nosotros, prevenir tiene una perspectiva diametralmente opuesta a la clausura, al encierro y al aislamiento por temor a contaminarse. La prevención no se dirige "en contra" sino "a favor de". En un sentido amplio se trata de generar la posibilidad de proyectos traducidos en participación real, interpretando a

la salud como un proceso constante de resolución de conflictos. Se trata de promover una mejor calidad de vida, una ética solidaria que contenga las diferencias en el marco de un proyecto común. Hablamos de prevención en el sentido de abrir espacios donde poder reflexionar sobre lo que nos pasa, con el objeto de constituir una red social con capacidad de recepción, contención y respuesta a partir de la cual sea posible modificar aquello que nos convoca desde el malestar. Para ello hace falta tener en cuenta por lo menos dos dimensiones:

- La posibilidad de construir proyectos que resulten significativos.
- Conseguir un compromiso ético desde el protagonismo y la participación de los actores.

Estas serían las grandes líneas que orientan las acciones propuestas.

El consultante que demanda orientación pertenece a una red de contactos familiares, sociales, académicos y de diversa índole, que puede ser más o menos rica, o más o menos extensa. Un orientador se propondrá activarla y ampliarla.

La contribución del orientador a la ampliación de la red social del consultante incluye a las personas significativas y contactos que puedan ampliar la información y el apoyo social. A veces es posible gestionar el acceso a la participación de actividades que amplíen su conocimiento sobre disciplinas, ciencias, funcionamiento de las áreas laborales y otras opciones nuevas.

Bibliografía

Bauman, Zygmunt; "Modernidad Líquida", Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

Bourdieu, P. y Passeron, J.C., "La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza". Laia. Barcelona. 1977

Castel, Robert; "La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado". Ed. Paidós, Barcelona, 1997.

Coriat, Benjamin. "El taller y el robot" Siglo Veintiuno Editores México, 1992

Ferrari, Lidia . *Los jóvenes y la capacitación milagrosa* Revista Ensayos y Experiencias N° 56. Colección Psicología y Educación. Novedades Educativas. Buenos Aires 2004

Gulco, Adriana: *Educación y orientación para el trabajo milagrosa*. Revista Ensayos y Experiencias N° 56. Colección Psicología y Educación.. Novedades Educativas. Buenos Aires 2004

Gulco; Adriana di Paola, Gloria "Orientación Vocacional , una estrategia preventiva" Editorial Vocación Buenos Aires, 1993.

Hobsbawm, Eric. "*Historia del Siglo XX*". Buenos Aires Editorial Grijalbo, 1998.

Lewcowicz, Ignacio "Sobre la destitución de la infancia". Conferencia en el Hospital Posadas, 18 de septiembre de 2002, luego incluida en "Pedagogía del aburrido", Editorial Paidós.

Neffa, J. C.: "*Actividad, trabajo y empleo. Algunas reflexiones sobre un tema en debate*" en Gavilán, Mirta. Revista Internacional Orientación y sociedad. La Plata, Universidad Nacional de la Plata, 2000.

Margulis, Mario, compilador; "La juventud es mas que una palabra", Ed. Biblos, 1996.

Rascovan, Sergio: *Las elecciones vocacionales de los jóvenes al finalizar sus estudios* " Revista Ensayos y Experiencias N°56. Colección Psicología y Educación. Buenos Aires. Novedades Educativas. 2004.

Rascovan, Sergio: "Orientación vocacional, una perspectiva crítica". Ed. Piados, Buenos Aires, 2005.

Rojas, M Y Sternbach, S; "Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad"; Lugar Editorial, Buenos Aires, 1994.

Romero González, Horacio Gabriel. Problemáticas y alternativas en Orientación Vocacional milagrosa. Revista Ensayos y Experiencias N° 56. Colección Psicología y Educación. Buenos Aires. Novedades Educativas. 2004.